

“Herodes (...) tenía ganas de ver a Jesús.” (Lucas 9, 7-9)

A Herodes le llamaba la atención todo lo que estaba ocurriendo en torno a este predicador errante, presentado por Juan a orillas del Jordán, y que ahora tenía asombrado al pueblo y preocupadas a las autoridades religiosas judías.

No había unanimidad de opiniones sobre su identidad. Algunos pensaban que era Juan el Bautista que había resucitado, otros que Elías o uno de los antiguos profetas. Herodes se preguntaba por quién era realmente y tenía ganas de verle.

Por lo que nos cuentan los evangelios, finalmente pudo saciar su curiosidad cuando los judíos se lo presentaron como reo de muerte por blasfemo y traidor al poder de Roma. Su postura fue fundamental para que se produjese la condena del justo.

¡Cuánta disonancia encontramos entre la conducta de interés por conocerle y el ejercicio despótico del poder para matarle! En el fondo esta dinámica de Herodes, puede repetirse. Podemos tener mucha curiosidad por conocer a Jesús pero ningún interés por seguirle, que es una forma de eliminarle de nuestras vidas.

El conocimiento es necesario, pero no suficiente para dar lugar a un proceso de conversión y seguimiento. Sobre todo cuando hay elementos personales profundos que inhiben nuestra capacidad de cambio. De ahí que tan importante como *“querer ver”*, querer conocer a Jesús, sea el conocernos a nosotros mismos, desde nuestras riquezas y limitaciones, y tener la capacidad de confrontación para dejarnos transformar íntimamente.

Aquí reside la diferencia entre *“saber”* de Dios y *“tener una vivencia”* de Dios. No hace falta establecer falsos opuestos entre el conocimiento y las vivencias. Sí es preciso distinguir ambos procesos y asumir que mientras el conocimiento puede ser camino, lo esencial está en la meta: el encuentro transformador con Cristo.

El racionalismo ha impuesto la convicción de que el conocimiento todo lo alcanza. Quienes intentamos moldear nuestras vidas desde la propuesta de Jesús de Nazaret sabemos que los procesos son mucho más complejos y que necesitamos transitar el largo camino de la internalización y la búsqueda de la coherencia con aquello que proclamamos.

El conocimiento genera adhesión, la vivencia, testimonio. Y es justamente desde el testimonio que la Hospitalidad construye su identidad evangelizadora. El ejercicio de la Hospitalidad nos permite aunar vitalmente conocimiento y testimonio: *“El servicio hospitalario es el lugar privilegiado para descubrir el rostro de Jesús en sus «vivas imágenes» y testimoniar la compasión de Dios hacia las personas que sufren.”* (XX CG, camino 1, punto 3)

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

